



## Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



### V – La traición de los emires 08 – La venganza del rey de Persia

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)

[esmeralda.deluis@hotmail.com](mailto:esmeralda.deluis@hotmail.com)

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2019

Número de páginas: 31

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

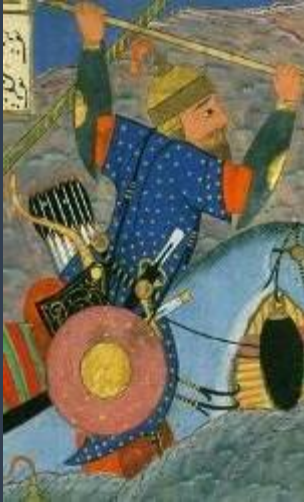
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 8 – La venganza del rey de Persia



Ahora, volvamos al jan Halawûn, que también reinaba sin mayores contratiempos, cuando un día, su ministro Saqalantâs le dijo:

- Oh poderoso monarca, ¿es que has renunciado a vengarte del *Qân-e Arab* y a lavar la afrenta que le hizo a tu padre?

Picado en lo más profundo de su ser, el jan Halawûn escribió a sus virreyes; reunió a sesenta *shahs*, y se dispuso a armar un ejército de cuatrocientos mil hombres para marchar sobre Alepo. En cuanto le llegaron rumores de que se aproximaban a la ciudad; El-Muzáffar, gobernador de Alepo, envió al rey El-Sâleh Ayyûb la carta de la que ya hemos hablado. Cuando tuvo conocimiento de la misma, se dirigió a su visir:

- Hâch Shâhîn, el jan Halawûn, adorador del fuego, se ha levantado contra nosotros para vengar a su padre. ¿Qué me aconsejas que haga?

- Oh, servidor de los Santos Lugares, ¿quién es ese innoble individuo para pretender causaros ningún daño? No es más que un monstruo jactancioso; lo único que hay que hacer es enviar contra él a uno de los emires del Cairo, a la cabeza del ejército, para ponerlo en fuga.

- Pero, ¿a quién encargaremos esta misión?

- Es el propio Comendador de los Creyentes quien debe decidirlo.

El cadí se levantó de un brinco y exclamó:

- Nadie mejor que Baïbars para llevar a buen puerto esta misión; él, la joya de este reino. Enviémosle, que vaya a su encuentro antes de que llegue a Alepo, maldito sea y que el mal que pueda hacer nos sea evitado<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Como de costumbre, en casos parecidos, las palabras del cadí son a propósito ambiguas; en su pensamiento, es a Baïbars a quien se las dedica.

- No, cadí; esa es una sugerencia poco juiciosa, pues nuestro hijo Baïbars no dispone de un ejército con el que pueda hacer frente al del jan Halawûn. ¿Acaso El-Muzáffar no nos acaba de informar que el jan cuenta con más de cuatrocientos mil hombres y sesenta *shahs*? De todos modos, traed un caftán de función y ponédsele en los hombros a Baïbars, ¡con la bendición de Dios!

- Bendito sea –proclamaron los *shauîshes*–, ¿y cuál será su cargo?

- Lo nombramos *seri askar*<sup>1</sup> del reino; Baïbars se llevará a su ejército; Aïbak quedará a sus órdenes junto con su tropa; además, veintisiete emires le seguirán con sus hombres. Por cada provincia por la que pase hará una inspección al gobernador, y lo destituirá o lo confirmará en su puesto, a su mejor juicio.

- Digno es de todo ello –proclamó la asamblea–. ¡Que Dios le conceda el triunfo en esta empresa!

Y aquellos que querían bien a Baïbars estaban felices, y los que le detestaban, le odiaron aún más. ¡Aïbak, a punto estuvo de entregar su alma al diablo, pues hasta ese momento era él quien había ostentado el cargo de *seri askar*!

- Ve, hijo mío –le dijo El-Sâleh–. Tienes tres días para hacer tus preparativos.

Baïbars saludó respetuosamente, abandonó la sala del Consejo, revestido con el caftán correspondiente a su nuevo cargo, y se encontró de manos a boca con Otmân, que no perdió el tiempo en lanzarle sus pullas:

- ¡Vaya, vaya, soldao! ¡Aquí'stás, otra vez encaftanao!; ¡vaya, que t'has convertío en amo el pueblo!

- No, no, mi viejo hermanito; es que me han ascendido a *seri askar* para pararle los pies al jan Halawûn en el Éufrates.

- ¡Eh, eh, soldao!: ese jan Halawûn, ¿no será un persilla como tú? ¡Mira, muchacho, supongamos que ese fuera tu tío!

- Cabeza de chorlito, ese jan Halawûn es un adorador del fuego y no es temeroso del Rey de la gloria.

- Bueno vale, colega, ¿me llevas contigo, y con los hijos de Haydab<sup>2</sup>, y con tos los mamaculos<sup>3</sup>?

- Por supuesto que sí, prepárate, y ve rápido a avisar a tus valientes y a los mamelucos, pues el rey El-Sâleh solo nos ha dado un plazo de tres días.

---

<sup>1</sup> En turco: “jefe de los ejércitos”, “generalísimo”.

<sup>2</sup> Son los forajidos de la banda de Otmân, que se convirtieron en “buenos muchachos” y fueron contratados por Baïbars en calidad de escuderos. Ver “Flor de Truhanes”.

<sup>3</sup> Así llama Otmân a los mamelucos en su especie de trabalenguas.

- ¡Marchando, soldao!

Otmân trajo a Baïbars su mula, en la que se montó, mientras él marchaba detrás gritando:

- ¡A derecha, a izquierda, a la guarda e Dios! ¡Qu'el que quiera vivir feliz, rece po'l Profeta! ¡Eh, compadres! ¡ahora sí que semos peces gordos! ¡pero tan gordos, tan gordos, qu'aparte nosotros, sólo nuestro Señor es más gordo!

Y Otmân siguió vociferando de esa guisa hasta llegar a la entrada del serrallo de Bâdîs El-Subki<sup>1</sup>.

Tres días más tarde, Baïbars salió del Cairo a la cabeza de su ejército, se reunió con Aïbak y los otros emires que le esperaban con sus tropas y, a marchas forzadas, partió para Damasco. Cuando le llegó a Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser la noticia de su llegada, y le dijeron que había sido nombrado *seri askar*, y encargado de la inspección de los gobernadores, ¡a punto estuvo de morirse de rabia, al pensar que tendría que salir a su encuentro y besarle la orla de su manto! Mandó a buscar a Jawand El-Dîn Bazâzô<sup>2</sup>, hijo de Ahmad Agha El-Aqwâssi. Por aquel entonces, su padre ya había muerto, y su suerte le había vuelto la espalda: había caído en la miseria, y si su tía, la Dama de Damasco<sup>3</sup>, no hubiera sido una mujer piadosa, se habría visto reducido a la mendicidad. Así que Bazâzô entró y saludó al gobernador, que le dio una calurosa acogida, le hizo sentarse y le ofreció un cofre de ropa, un caballo de raza y quinientas monedas de oro, diciéndole:

- Lo único que te pido es que mañana vayas a la cabeza de los regimientos y proclames lo siguiente: “¡Este hombre, que se ha convertido en *seri askar*, antes era mi mameluco!”. Cuando te oiga decir eso, estará obligado a concederte un cargo y acordarte una gratificación.

- ¡Pues yo más bien creo que me hará matar!

- ¡Qué va! ¡qué va! ¡No correrás ningún peligro! –le recalcó el viejo hipócrita.

Los dos pasaron la noche en el palacio del gobernador. A la mañana siguiente, montaron en sus cabalgaduras y salieron a recibir a Baïbars en compañía de los nobles de la ciudad. Todos echaron pie a tierra ante Baïbars, y se inclinaron en señal de obediencia; pero cuando Jawand El-Dîn se acercó al emir Baïbars, le espetó a voz y en grito y en varias ocasiones:

---

<sup>1</sup> Residencia de Baïbars en El Cairo. Ver “Los bajos fondos del Cairo”.

<sup>2</sup> En “Las infancias de Baïbars” ya nos encontramos con este gordinflón medio subnormal, al que debía cuidar Baïbars, mientras estuvo al servicio de Aïsheh la Tiñosa. Por lo visto, a Bazâzô, ni con la edad se le ha arreglado su debilidad mental.

<sup>3</sup> Rica viuda de la aristocracia damascena, madre adoptiva de Baïbars; su hermano, Ahmad El-Aqwâsi, un buen hombre, aunque algo aficionado a la bebida, fue durante un tiempo, el amo de Baïbars. Ver “Las infancias de Baïbars”.

- Oíd, buenas gentes, ¡este Baïbars es mi mameluco!
- ¿Quién es ese joven? –preguntó Baïbars a los notables que le rodeaban.
- Es Jawand El-Dîn, el hijo de Ahmad Agha El-Aqwâssi.
- En ese caso, no tiene importancia –dijo Baïbars al reconocerle.

El cortejo entró en la ciudad, y todos, hasta las jovencitas y recién casadas, salieron para verlo pasar. Una vez llegado al palacio del gobernador, Baïbars descabalgó, y con él, los emires de Egipto. Fue a sentarse al lugar de honor, y los emires se colocaron a su alrededor, junto con Aïbak, Sharaf El-Dîn y los nobles de Damasco.

- Hazme venir a Jawand El-Dîn, hijo de El-Aqwâssi –ordenó Baïbars a Sharaf El-Dîn.

Jawand se presentó ante él, y Baïbars se dirigió entonces a la asamblea:

- Nobles y grandes de esta ciudad, sed testigos de que este hombre, Jawand El-Dîn, hijo de Ahmad Agha El-Aqwâssi es mi amo, pues es el hijo de mi amo, el que me compró como mameluco. Este joven ha caído en la miseria, mientras que yo he llegado a ocupar un elevado rango; así que solicito al cadí que registre la presente declaración por la que yo le cedo diez tiendas de mi propiedad, un baño público y tres aldeas, con sus respectivos huertos.

El cadí consignó dicha declaración en un documento notarial.

- Y tú, Sharaf El-Dîn, tienes que darle otro tanto –continuó Baïbars.

Sharaf El-Dîn se vio obligado, y con la rabia mordiéndole el corazón, le tuvo que ceder también algunas tiendas. Los notables de Damasco también hicieron sus donativos, y tales fueron que, Jawand El-Dîn, se encontró de pronto poseedor de una buena fortuna. La trampa urdida por Sharaf El-Dîn, a fin de cuentas, se le había vuelto en su contra, revertiendo en provecho del tonto de Jawand. En todo esto podéis ver, hermanos míos, el juicio de Dios: cuando Él quiere hacer próspero a un hombre, esa prosperidad le llega, aunque este hombre no la buscara. Los coperos hicieron circular las copas, cada cual bebió hasta saciarse, y el emir les mostró el firman con su nombramiento de *seri askar*, en el que le daba plena autoridad sobre los gobernadores de las provincias.

Tras la lectura de este documento, la asamblea se disolvió y Baïbars se fue a ver a su madre, la Dama de Damasco, que le acogió con los brazos abiertos, le saludó, y le besó en la frente y en las manos. Baïbars se quedó a dormir en su casa, y allí pasó, con el *osta* Otmân, tres días de felicidad. El resto de la tropa acampó extramuros, en Marjeh<sup>1</sup>; en cuanto a Aïbak, se quedó con los otros emires, invitados por Sharaf El-Dîn.

---

<sup>1</sup> Es una enorme plaza que en tiempos se extendía al pie de la ciudadela de Damasco, extramuros, y era el lugar en donde acampaban las caravanas.

Al cuarto día, los tambores dieron la señal de partida y tomaron la ruta de Homs. El gobernador, Ghayyâz El-Dîn Abu Taqiyyeh, salió a su encuentro y le rogó que aceptara su hospitalidad. Baïbars la declinó cortésmente, hizo sonar los tambores y partió rumbo a Hama, en donde ordenó que le dieran albergue y comida a él y a su ejército, por cuenta del gobernador de esta ciudad, y conforme al juramento que en otro tiempo Baïbars había hecho<sup>1</sup>. Poco después, prosiguió su camino hasta Ma'arra, en donde fue acogido por Sulaymân el Búfalo y todos sus capitanes, y luego retomó la marcha; pero no había pasado ni una hora desde que habían dejado Ma'arra, cuando el *osta* Otmân exclamó:

- ¡Soldao, soldao, amigo mío, m'olvidao tos mis aperos d'escudero en Ma'arra! ¡Tengo que volver p'allá a buscarlos!

- No vale la pena que regreses; en Alepo te compraremos rascaderas y cepillos nuevos.

- ¡Ni de coña, soldao! ¡o tos mis compadres me van a tomar por un describrao! Seguir vosotros pa'lante, yo me doy la vuelta y sus alcanzo en un pis-pas.

Galopó Otmân de un tirón hasta la ciudadela de Ma'arra, entró sin previo aviso y dando un fuerte bastonazo en el umbral de la puerta, gritó:

- ¡La panza con vosotros<sup>2</sup>! Y ahora, al grano: tú, rey de los búfalos, el soldao te manda los güenos días y m'ha dicho que rejuntas a toa tu tropa; avisa también a los dursos<sup>3</sup> y a tos los búfalos y ¡en marcha! El soldao se va a batir el cobre con los persillas; asín que tenéis que ir a echar una mano, pero no sus olvidéis de traer vosotros la manduca, ¿eh? El Nénars iba tan acelerao, que no s'atrevió a pedirros to esto en persona, y m'ha enviao a mí pa decíroslo.

- ¿Te envía Baïbars?

- ¡A ver, tío!, ¡Anda, dime a la cara que soy un mentiroso! ¡Pero tú qué t'has creído! ¡Ale, a espabilarse d'una vez y qu'el güen Dios sus guarde los cuernos!

- ¡Y que también Él ti guarde a ti los tuyos y los del *jawand*!

Sulaymân, el Búfalo, escribió de inmediato a Hasan El-Hôrâni y a Dibl El-Baysâni; envió un mensajero a la fortaleza de Sahyûn, pues Maarûf, ante de partir en

---

<sup>1</sup> En alusión al altercado que había tenido Baïbars (en aquella época conocido como Mahmud) con el virrey de Hama, El-Adel; incidente, tras el cual Baïbars había jurado que cada vez que pasara por esa ciudad, haría que él y su ejército fueran alojados y mantenidos a costa de ese virrey.

<sup>2</sup> Otmân emplea a veces esta expresión y otras de su propia cosecha, en lugar de "la paz sea con vosotros"

<sup>3</sup> Por alguna razón que se nos escapa, Otmân se obstina en colocar a los drusos (Otmân los llama "dursos") bajo el mando de los capitanes Ismailíes. Y aunque los drusos, efectivamente, constituyen una secta shi'í totalmente distinta; sí conviene señalar que Ma'arra y el Hôrân, al sur de Siria, y el Ghawr, región en la que se encuentra Baysân, son o han sido el hogar de los drusos.

busca de su hijo, había recomendado a sus hombres que acudieran en ayuda de Baïbars en cuanto se la pidiese.

Hecho esto, Otmân dejó Ma'arra, partió a galope tendido hacia Alepo, y se unió a Baïbars en Sarmîn.

- ¡Por fin has vuelto! ¡espero que al menos hayas podido recuperar tus aperos!

- Pos claro que sí, soldao.

En cuanto tuvieron la ciudad a la vista, El-Muzáffar salió a recibir a Baïbars, y le invitó a su casa, así como a los emires y a los oficiales. De modo que pasaron la noche en su palacio, y Baïbars le pidió información sobre el ejército del jan.

- Hace tres días, envié a unos exploradores; volvieron ayer y me dijeron que el jan Halawûn ha montado su campamento a orillas del Éufrates.

Al día siguiente, Baïbars partió a la cabeza de su ejército, y descendió siguiendo el curso del río hasta llegar a divisar el campamento de Halawûn. Entonces se detuvo y esperó tres días para permitir que sus hombres pudieran descansar; luego, escribió una misiva, que plegó y selló.

- *Bora*, Otmân.

- ¡Aquí' estoy, to tuyo, soldao!

- Vas a coger esta carta y te presentarás con ella ante el jan. Cuando llegues, dirás que eres un emisario; entonces te llevarán ante él, le entregarás la carta y esperarás hasta que te dé una respuesta.

- A ver, soldao, esos tíos son t'os unos bardajes, sólo saben cotorrear en su jerga, ¡y no nos vamos a entender ni de coña! ¡Y... supón que m'apiolen!

- No tienes nada que temer; eres un emisario, nadie te hará daño. Verás cómo no te dirán nada.

Pero Otmân andaba muy decidido a no querer ir allí, y al final, el emir Baïbars se enfadó:

- Pero vamos a ver, ¿vas a ir o no? –le gritó Baïbars.

- ¡Pos, mira por donde, que va a ser que no! No tiés más que mandarle al Harhâsh<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En El Cairo, Harhâsh era el jefe de la banda rival de la de Otmân. Harhâsh se arrepintió, junto con todos sus hombres, después de una noche en la que su honor había estado a punto de ser arruinado (Ver *Los Bajos Fondos del Cairo*) Oqereb había sido escudero en el palacio de Naÿm El-Dîn El-Bunduqdârî, padre

- ¡De eso nada!

- Pos entonces al Oqereb... o a Taka y Yaka<sup>1</sup>... o al cabezón.

- ¡Basta ya de sandeces! –le cortó Baïbars por lo sano, pues ya le estaba calentando demasiado—. ¡Por Dios Todopoderoso! ¡Vas tú y nadie más!

- ¡Ándate con cuidao con tos esos juramentos, compadre! ¿Es que no temes al güen Dios? Pos güeeeno; pos faale; si hay que ir, se va, y punto. ¡Eh! ¡muchachos! Harhâsh, hijo la Larga, Oqereb, venir pacá una miajita: a ver; un suponer: si volvéis tos al Cairo vivitos y coleando, le decís a mi güena madre qu'haga recitar el Corán por la salvación de mi alma.

Hechas sus últimas recomendaciones, amarró la misiva en la punta de su garrote, y se puso en camino. Mientras marchaba, iba gritando a voz en pecho:

- ¡Ey, ey, persillas de mis güevos, na de tocarme, na de garrotazos! ¡Ojo, que yo soy Otmân, el hijo la Gorda, y tenemos una casa cerca El- Maghâra y la Gran Tumba! ¡y tié una puerta mu grande y un esclavo negro que se llama Farag! ¡y conmigo van tos los hijos de Haydab: Harhâsh, Oqereb, el Hijo la Larga, el Cabezón, el Mediomundo, y to el lote! ¡Cuando yo hablo, no rechista naide! ¡Yo soy su patrón, tal qu'el soldao con sus mamaculos! ¡Y amás, y amás; el Hâch Shâhûn, el del ojo n'el azúcar<sup>2</sup>, está e nuestra parte, y también el patrón Sâleh!; ¡esos dos nos quieren mucho, y nosotros también les queremos! ¡Pero el mierda el Nébak y el cipote el cadí, no nos puén ni ver! ¡Al diablo con esos dos güevones!

Y mientras andaba voceando todo ese panel autobiográfico<sup>3</sup>, Flor de Truhanes se encontró justo en medio de la llanura que separaba los dos campamentos. Fue entonces cuando vio elevarse a lo lejos una polvareda: un caballero se acercaba a galope tendido, montado sobre un jumento más vivaz que la brisa. Era un hombre de imponente estatura, un auténtico coloso, todo vestido de acero, y cubierto de pies a cabeza con una armadura de treintaiséis piezas de acero templado y una cota de malla deslumbrante: bien parecía una montaña andante, o uno de los de las gentes de 'Ad<sup>4</sup>.

---

adoptivo de Baïbars (ver *Las infancias de Baïbars*). El Hijo de la Larga y el Cabezón son miembros de la banda de Otmân, y sobre todo aparecen en acción en *Flor de truhanes*.

<sup>1</sup> Conforme a la jerga de Otmân, se trata de Fâres El-Dîn Qatâya y Fâres El-Dîn Qatiyya; dos oficiales mamelucos, subordinados de Baïbars. Sus nombres parecen ser la deformación de Aqtay, nombre que llevaban numerosos mamelucos, y que se asociaba con frecuencia al sobrenombre honorífico de Fâres El-Dîn ("Caballero de la Religión").

<sup>2</sup> Alusión que hace Otmân con frecuencia a un episodio de la época en la que Baïbars estuvo de administrador de las Azucareras del Bulâq; ver *Flor de Truhanes*.

<sup>3</sup> Este largo discursar de Otmân es, de hecho, el travestismo burlón de un motivo clásico de las novelas de caballería árabes, en las que el héroe, antes de lanzarse a la batalla, airea a grandes voces (generalmente en verso) su nombre, su origen y sus grandes hazañas, así como las de su tribu.

<sup>4</sup> Pueblo legendario de gigantes, que, en épocas remotas, habría habitado la península arábiga, y que fue destruido por la cólera divina antes de la llegada de los árabes a esas tierras.



Al verle, Otmân se paró en seco y se quedó mirándolo pasmado, mientras decía para su coleteo:

- ¡Cojonúo! y a estas horas ¿d'aonde habrá salío este grandullón? ¡Asín se lo lleve la peste!

Mientras tanto, el recién llegado, que no había aminorado el paso, se aproximó a Otmân, diciéndole con voz estentórea:

- ¡Compadre, qu'el buen Dios te de fuerza!

- ¡Va una forma de saludar! –barbotó Otmân–. ¡Este animal casi m'ha dao una crisis caridíaca! ¡Eh, amigo! –prosiguió blandiendo su garrote– ¡como t'acerques un pelo más, t'arrebano el pescuezo! ¡Yo soy Otmân, el hijo la Gorda!

El caballero, muerto de risa, se levantó la visera que le cubría el rostro.

- Pero bueno, *osta* Otmân, ¿se puede saber lo que te pasa? ¿no me quieres devolver el saludo? –exclamó el caballero.

Otmân, al observarle más de cerca, se dio cuenta de que se trataba del Caballero sin Nombre.

- ¡Anda; si es el mamón qu'ha perdío su nombre! –exclamó–. ¡Mu güenas, compadre! Pero dime, ¿es verdad eso de qu'has perdío el nombre?

- Pues sí, Otmân, así es; se me extravió.

- ¡Por el Profeta qu'hablas como un chiflao! A ver, colega, ¿y aónde dices que lo has perdío?

- Lo perdí en Alepo, en una fuente que se llama el Manantial del Ejército: me incliné allí para beber, mi nombre se salió del bolsillo ¡y se cayó al agua!

- ¡Pero tú estás gili o qué! –le respondió Otmân muerto de risa– ¿Tú t'has creído qu'n nombre se pué guardar en un bolsillo como si fuera una manzana? ¡Por el Profeta, que nunca había encontrao a un hombre que hubiera perdío asín su nombre!

- Y qué quieres que te diga; pues que así fue como lo perdí.

- Vale, cucha compadre, eso se pué arreglar: yo m'apiolo al Oqereb y te paso su nombre. ¿Qué me dices?

- No es necesario que te tomes tantas molestias, Otmân –le respondió el Caballero sin Nombre.

- ¿Te gustaría más el del Harhash?

- No, de verdad que no.

- ¿O prifieres que te pase'l mío? ¿o'l de mi vieja, la Gorda?
- No, gracias Otmân, ¡no quiero el nombre de nadie! Pero dime, ¿adónde ibas por estos parajes?
- Ahí abajo, ¡onde los maricones el jan Halalûsh<sup>1</sup>!
- ¿Y qué vas a hacer allí?
- Pos llevarle un pelpa<sup>2</sup>.
- Dámelo a mí, Otmân, y yo se lo haré llegar.
- Vale, pero una cosa... ¿no se lo largarás al soldao Nénars<sup>3</sup>, eh?
- Claro que no, muchacho.
- Entonces vete, y yo t'espero aquí.

El Caballero sin Nombre, saltó de su montura, confiándosela a Otmân, cogió la carta, que guardó entre los pliegues del turbante, y se marchó a buen paso hasta donde acampaba el ejército persa. Cuando llegó a orillas del campamento, blandió su terrible *shâkriyyeh*, la conocida como la *Devastadora*, y con un terrible vozarrón, que resonó hasta lo más profundo de la estepa, llamó a los persas.

En el campamento de los persas dieron la alerta, y al salir de sus tiendas y pabellones, se encontraron cara a cara con un gigante enorme como una montaña, tremendo cual el decreto divino, pero que, a pesar de todo, daba la impresión de que fuera muy joven. Sobrecogidos de terror, no se atrevieron a ponerle la mano encima, y se separaron para dejarle paso, al tiempo que se encomendaban a la protección del fuego y de la luz. El caballero, se levantó los faldones de su túnica, y se los sujetó a la cintura; luego, agarró su *shâkriyyeh* y rascó de tal modo con ella su escudo, que hizo saltar una lluvia de fuego y de chispas, como las provocadas por el fuelle de una forja; lanzó su grito de guerra antes de continuar su marcha, sacando pecho, meneando los hombros, y rugiendo como un león. Al llegar ante el pabellón real, tronó:

- Mensajero y emisario, por las bendiciones de Abu Bakr, de Omar y de Aly Haydar, Dios tenga a todos en Su gloria, y que Su maldición recaiga sobre aquellos que les odian, hasta el día del Juicio Final.

El jan, que estaba sentado en su pabellón, rodeado de sesenta shahs de cabezas coronadas, preguntó por el origen de aquel escándalo.

---

<sup>1</sup> Por "Halawûn".

<sup>2</sup> Por "papel" "carta" o "misiva".

<sup>3</sup> Por "Baïbars"

- ¡Oh, gran rey! –respondieron los chambelanes y los sátrapas– ¡Pluga al fuego que reines mucho tiempo sobre nosotros! Es un capitán del ejército del *Qân-e-Arab*, que solicita permiso para ser introducido ante tu majestad.

- ¿Y quién se ha creído que es, ese piojoso de árabe, para pretender comparecer ante la augusta presencia del hijo de Cosroes? –replicó el jan en tono despreciativo.

Y, volviéndose hacia un *tomar*<sup>1</sup> que se encontraba allí, le ordenó que fuera a buscar la carta. El otro salió del pabellón y, dirigiéndose al Caballero sin Nombre, le espetó:

- ¡Hay, *yîns-e-arab*<sup>2</sup>! ¡Quieto donde estás, y ni se te ocurra entrar, o te costará caro! Dame la carta y espera aquí a la respuesta.

Se dice que ni siquiera había acabado de formular estas palabras, cuando el Caballero sin Nombre le interrumpió, clamando con voz de trueno:

- ¡Pardiez! ¿Es que no vas a cerrar tu boca, jodido bastardo? ¿Pero tú qué te has creído? ¿Piensas que se puede hablar en ese tono al Caballero sin Nombre, maldito cabrón?

Y con un golpe certero de su *shâkriyyeh* hizo volar por los aires la cabeza del persa; luego, se abalanzó adentro del pabellón, terrible, como el halcón que se precipita sobre la débil paloma; haciendo temblar el suelo bajo sus botas revestidas de acero, y dejando paralizados de terror a los príncipes persas.

- ¡Mensajero y emisario! –gritó con voz estentórea que resonó a diez leguas a la redonda por toda la estepa–. ¡El mensajero sólo es responsable de transmitir claramente su mensaje! ¡Saludos para los que siguen el recto camino, a los que temen las consecuencias de sus malas acciones y obedecen a Dios, el Altísimo! ¡Y malditos sean todos los que mienten y se apartan del sendero del bien!

- *Hayy, mersâl*<sup>3</sup>, ¿por qué has matado a mi chambelán? –le preguntó el jan con un tono poco seguro.

- ¡Pardiez! ¿¡Un perro impidiendo la entrada a un león!?! ¡Pues claro, le he hecho volar su cabecita de encima de los hombros!

El jan hizo una señal a sus hombres para que le mataran o le apresaran; pero todos bajaron la cabeza, y nadie dio un solo paso; pues tal era el espanto que el coraje y la fuerza de ese guerrero les inspiraba.

- *Hayy, ayyâr*<sup>1</sup>, dame esa carta para que la lea y te pueda dar una respuesta.

---

<sup>1</sup> En persa: “oficial subalterno”, “soldado”.

<sup>2</sup> En árabe-persa: “raza de árabe”, término despreciativo en boca de un aristócrata militar, habitualmente de origen no árabe.

<sup>3</sup> En persa: “mensajero”.

- ¡Ese truco no te lo crees tú ni en sueños! ¡Si quieres que te pase la carta del *jawand*, tienes que ponerte en pie, y contigo, todos tus hombres!

El jan hizo entonces ademán de llamar a la guardia, pero su visir, el llamado Mohammad Rashid El-Dawla<sup>2</sup>, le previno:

- ¡Oh, jan! Mejor que no empeores las cosas. Es preferible que te levantes de una vez y cojas esa carta: a fin de cuentas, todo mensaje requiere una respuesta.

- *Hayy*, visir –protestó el jan–. Pero cómo se te ocurre pensar que el jan; yo, hijo de Cosroes, ¿vaya a levantarme para recibir una carta de un mameluco? ¡Si al menos viniera de parte del *Qân-e Arab*!

- Oh, jan, ¿crees que te vas a levantar para hacer ese honor a Baïbars? ¡Pues claro que no! Digamos, simplemente, que lo harás en consideración a los grandes señores que la envían... y, también... a causa de este guerrero: está claro que ha jurado por su vida y está presto a morir; de otro modo no habría irrumpido de tal suerte ante ti. Cabría temer que, si rechazaras complacerle, no se crease una situación imprevisible e incontrolable, en la que todo tu ejército no te sería de gran ayuda.

Toda esta conversación se desarrollaba en persa; lengua, que el Caballero sin Nombre no entendía; pero esto no le impedía encontrar que la cosa se alargaba demasiado. A punto ya de perder la paciencia, con los ojos rojos como un tizón ardiente, lanzó un terrible grito:

- ¡Vive Dios! ¡Quiero a todo el mundo en pie, ahora mismo!

Y el jan se levantó de un salto, imitado por los príncipes y sátrapas persas.

- Venga, *ayyâr*, ya hemos hecho lo que tú querías, dame la carta, ahora –pidió el jan.

- ¡Ho, ho! ¡A ver si te crees que coger esta carta es asunto nimio! ¡Porque, mi pequeñajo jan, detrás de ella te espera la muerte roja y el último suspiro! ¡Así que voy a darte unos consejos y sugerencias; de ese modo no dirás que no te he advertido!

- ¡*Hayy*, *mersâl*! ¿Me das la carta o qué? –tronó el jan al borde de la apoplejía.

- Ésta, como verás –prosiguió el otro sin hacer ni caso al jan–, es una carta del *jawand* Baïbars (que el buen Dios le conceda por siempre la gloria); un día, él será quien gobierne el mundo entero; así que guárdate de faltarle el respeto. Es posible que en esa carta encuentres cosas que no te agraden; pero, mucho cuidado con romperla y hacerla

---

<sup>1</sup> En persa: “canalla” (término tomado del árabe).

<sup>2</sup> Bien podría tratarse de Rashîd El-Dîn Fadlallah (muerto en 1316), que fue visir de Ghazan, descendiente de Hülegü. Espíritu distinguido y hombre muy culto; este médico de formación, compuso en persa una *Historia Universal* notable por la amplitud de su documentación, que comprende, no sólo fuentes musulmanas, sino también chinas, mongolas, indias y tibetanas. La presencia de un personaje con un nombre tan manifiestamente musulmán en el entorno de un rey “adorador del fuego” es no menos sorprendente.

pedazos, porque, por Aquel que creó al hombre de un pequeño coágulo<sup>1</sup>, cuando los trocitos ni siquiera hubieran tocado el suelo, tu jodida cabeza los habría precedido, rebanada a cachos con mi cuchillito.

Echando espumarajos de rabia, el jan cogió la carta, la abrió, y leyó lo siguiente:

*En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Que la oración y el saludo sean sobre nuestro señor Muhammad, señor de los que nos han precedido y de los que vendrán después de nosotros, hasta el fin de los tiempos.*

*Del emir Baïbars, mameluco del rey El-Sâleh, pueda Dios concederle larga vida, y acortar la de sus enemigos, borrando hasta el recuerdo de su nombre sobre la faz de la tierra.*

*Oh, jan, ¿cómo pretendes conquistar una porción de las tierras del Islam? Has de saber que el tiempo de los Cosroes ha desaparecido<sup>2</sup>, y que su sagrada llama ha palidecido ante la luz del Profeta: a cada época le corresponde su dinastía, sus hombres y su religión, establecida y defendida por el filo del sable. Los territorios que tú codicias han sido conquistados por hombres a los que la muerte les resultaba más dulce que el agua de la más fresca fuente.*

*Has de saber que su majestad el rey El-Sâleh Ayyûb, el santo Hombre de Dios, cuando se enteró de que tú habías venido a la cabeza de tu ejército con el deseo de ampararte de territorios sobre los que no tienes derecho alguno, había concebido en un primer momento, el deseo de venir en persona a castigarte; pero, temiendo que no se le imputara la vergüenza, a él, rey de las tierras del Islam, por el hecho de batirse con el más vil de los reyes de Persia; él me envió a este efecto; a mí, que no soy más que uno de sus mamelucos.*

*Se me han dado instrucciones de mostrarme clemente y generoso, y de buscar la forma de disuadirte de cometer esta injustificada agresión; todo ello con objeto de evitar el derramamiento de sangre de las criaturas de Dios. De modo que, si tú valoras en algo tu vida y la de tu ejército –que, a fin de cuentas, es la base de tu poderío–, envíame dos jaznehs de oro como rescate, además de los gastos de desplazamiento del ejército que está bajo mis órdenes; tanto las costas de ida, como las de vuelta.*

*Si no aceptas, será el sable el que hablará por nosotros. Sólo Dios conoce la decisión oportuna.*

*No hay saludos para los que asocian alguna divinidad al Rey Todopoderoso.*

Tras conocer el contenido de la misiva, el gran jan hizo redactar la siguiente respuesta a su secretario:

*¡Los territorios pertenecen a quienes los conquistan a punta de espada! Yo vengo a restaurar la religión de los Magos, adoradores del fuego y de las llamas. Así que prepárate, Baïbars, a un combate sin cuartel.*

---

<sup>1</sup> Alusión coránica (36,2) “[...] tu Señor que creó al hombre de una adherencia”

<sup>2</sup> ¡Dado que la dinastía sasánida había desaparecido en 651, es lo menos que se podría decir! Según una tradición islámica tardía, la llama sagrada de los zoroastrianos se habría extinguido la noche en la que nació el Profeta Muhammad.

*Yo obtendré la victoria por la bendición del fuego y de la luz.*

Se entregó la respuesta al Caballero sin Nombre. Volvió a coger la carta de Baïbars, que se la llevó respetuosamente a su frente; en cuanto a la del jan, la deslizó con desprecio debajo de una de sus polainas.

- Y dime, pequeño jan, ¿dónde está el regalito en compensación por las fatigas de mi viaje?

- De qué me estás hablando...

- Pero vamos a ver, más que cretino, ¿pero tú te crees que yo me he desplazado hasta aquí para traerte una carta y llevar la respuesta por tu cara bonita? ¡Ya me estás dando mi soldada!

- Está bien, está bien –concedió el jan– Que le den mil monedas de oro a este *ayyâr*, y que se largue de una vez.

De modo que el tesorero trajo mil monedas de oro con la efigie de los reyes de Persia y se las entregó al Caballero sin Nombre. Éste se las embolsó rápidamente y salió bajando de nuevo la visera de su casco, y vociferando:

- ¡*Duuuh*<sup>1</sup>! ¡Que el buen Dios otorgue al Islam la victoria! ¡Por tus hermosos ojos, oh *jawand* emir Baïbars! ¡Sólo por ti he llevado a cabo esta misión!

Y cuando regresó hasta el sitio en que había dejado a Otmân, le dijo:

- Toma, compadre, aquí tienes la respuesta. Vete a llevarla a tu señor, y si te pregunta, le dices que has sido tú quien se la ha entregado al jan.

- D'acuerdo; ¡qu'el güen Dios t'ilumine!

Pero Otmân tomó la carta y se la guardó en el bolsillo, mientras miraba muy atentamente al Caballero sin Nombre.

- A ver, a ver; tú, listillo –le espetó de pronto– ¿qu'es eso que t'abulta n'el bolsillo?

- ¿Esto? No es nada; solo un poquejo de cebada que me ha dado el jan para mi jumento...

- ¿T'has quedao connigo? ¿pero no tiés vergüenza de largarme esa bola? ¡Después de to esto, no t'extrañes si el güen Dios t'ha perdió tu nombre!

- Bueno, escucha, de verdad que solo son dos trocitos de pan que me he traído de donde el jan, por aquello de matar un poco el hambre; ¡es que desde esta mañana no he comido nada!

---

<sup>1</sup> Exclamación, con frecuencia admirativa, típica de los beduinos y de las gentes de la montaña.

- ¡Eh, gracioso! ¡t'están creciendo las napias! ¡L'has cagao, y en to esto anda el rabo el diablo! ¡Y qué cebada, ni piazos de pan, ni qué niño muerto! ¡Pero si este tío va forrao de pasta! ¡Venga, colega, déjame ver!

Al ver lo inútil de su resistencia, el otro acabó por abrir su bolsillo, mostrando a Otmân el contenido. Éste, al ver todo aquel montón de oro, tan amarillito y reluciente, estaba a punto de perder la cabeza de pura codicia.

- Vaya, vaya, cabroncete mío; ¡menúo talego d'oro! –exclamó– ¿Quién te lo ha dao?

- ¡Pues quién va a ser: el jan!

- Ahhh, ¿y te lo ha dao así como así, por tu cara bonita? ¿no t'habrás dejao dar un poquejo por culo u algo pareció?

- Nada de eso, pero ¡tú qué te crees! No; se lo he cogido por narices, y como compensación a mi enorme esfuerzo.

- Bueno; pos siendo así, compadre, ¡afloja la mosca pa repartirla entre tú y yo!

- Momento, momento, coleguita; ¡que he sido yo el que se lo ha trabajado todo!

- ¡Pero tú de qué vas! –le gritó Otmân, indignado–. ¡Menúo prenda qu'estás hecho! Bueno, escucha, fíjate bien en mi garrote –añadió Otmân colocándolo en el suelo.

- ¿Y qué la pasa a tu garrote?

- Nos va a servir de señal. Toma, mídelo tú mesmo... por aquí... y ahora por allá... Ves qu'está n'el medio el camino. Pos entonces, ¡tú m'apoquinas la mitad y te guardas la otra mitad, pa'star en paz con nuestro Señor!

Toda aquella lógica descabellada tuvo la virtud de divertir al Caballero sin Nombre.

- No voy a decir nada en contra, Otmân –le repuso–. Solo que tu parte del suelo es bien lisita, y la mía está llena de hendiduras y guijarros.

- ¡Míralo tú misma, colega! –insistió Otmân–. Es el mismo camino; ¡igualito d'un lao y de l'otro.

Al ver que así no iba a llegar a ninguna parte, el Caballero sin Nombre resolvió hacer de tripas corazón:

- ¡Está bien! ¡sea! Se hará como tú dices, ¡tengamos la fiesta en paz!

Y el Caballero le dio la mitad de su botín. Pero Otmân aún no andaba satisfecho.

- Oye, oye –protestó Otmân– ¡que tú t'has guardao la mitad más grande!

- Pues entonces, elige tú la que más te guste –le respondió el Caballero suspirando.

- Uuuhh...por casualidaz, ¿no' starás tratando d'hacerme una mala jugá?

- ¡Que no, que no; te lo aseguro!

Otmân le cogió un buen puñado de monedas de oro, que añadió a su parte; luego, echó una ojeada al bolso del otro, y viendo que aún había bastantes monedas, prosiguió:

- D'acuerdo, coleguita mío. Y ahora, dime, ¿es que no vas a dar na de na por la Dama<sup>1</sup>?

Entonces, el caballero le entregó diez monedas.

- ¿Y por la vida de mi padre?

Otras diez monedas.

- A ver, mi coleguita, ¿y por mi madre, la Gorda?

Diez monedas más.

- ¡Eh, amigo! ¿y por el güen Dios que t'ha devuelto'l nombre?

Otras diez monedas.

Pero, Otmân, viendo que aún quedaba algo en el bolso del otro, cambió la cantinela:

- Cucha, compadre, ahora, cuando vuelva con mis muchachos, Harhash me va a decir: "¡A ver, Otmân, yo quiero mi parte!" ¡Asín que pásame unas monedillas pa él!

- ¡Pues no tienes más que cogerlas de tu parte!

- ¡Ah, de eso na de na, estás tú apañado! ¡Mi parte no la toca naide! ¡Venga, amigo, estrénate! ¡Pa qu'el güen Dios t'ayude a encontrar tu nombre! ¿Sabes? ¡tú eres un buen tío!

El Caballero sin Nombre, entonces le dio cincuenta monedas.

- Pero dime –continuó Otmân– ¿Y Oqereb? –y otras cincuenta más– ¿Y pa'l Cabezón? ¡Y pa mi madre, la Gorda?

- Vale, vale, ¡cógelo todo y déjame en paz de una vez! –respondió el otro irritado.

---

<sup>1</sup> La "Dama", la "Hassibeh", la "Protectora del Cairo", la "Purísima", la "Tâhira", son los sobrenombres que da Otmân a Sitt Zeynab, nieta del Profeta, y muy venerada, en particular, por la gente humilde del Cairo. Se la considera formando parte de los "Protectores", personajes santos que, después de la muerte, continúan velando e intercediendo por la humanidad. Otmân le tiene una devoción muy peculiar, ya que se le apareció en el momento de su conversión, anunciándole que su destino estaría ligado al de Baïbars (ver *Flor de Truhanes*).



Otmân le tomó la palabra, y arrampló con todas las monedas que quedaban en el bolso del Caballero sin Nombre; luego, cogió la carta de respuesta del jan a Baïbars; la colgó de un extremo de su garrote, y se marchó hacia el campamento. A la par que caminaba, hacía revolotear su garrote, gritando a pleno pulmón: “¡Eh, atajo bujarrones! ¡Eh, mamaculos, que no valéis pa ná, piazó mariquitas!” “¡Venir que sus cuente cómo he entrao aonde los Persillas! Fijarse bien; he agarrao mi garrote tal que asín y he dao unos güenos molinetes, mientras les gritaba: “¡A ver, vosotros, Perejiles! ¿Queréis probar mi jarabe palo?”. “Piedá, señor Otmân, ¿qué quieres decir con eso?”. “Pos que yo he venío a traer una carta y a por la rispuesta” –les dije–. “¡Piedá! ¡no nos sacudas! ¡no nos rebanes el pescuezo! Toma estas monedas y saluda e nuestra parte a tu madre la Gorda, que nos quiere muchísimo!”. Resultao; pos que m’han dao to esto. ¡Sí, chavales! ¡Asín son los valientes! ¡Cuando salen a por toas, siempre arramplan con la pasta!; no como vosotros ¡los Taka, taka! ¡Que no valéis pa ná, más que pa papear y pa dormir! ¿Eh? ¡cacho mariquitas! ¡Venir a ver to este tesoro!

Y así entró Otmân en el pabellón de Baïbars; vociferando toda aquella sarta de sinsentidos, y pavoneándose hasta desgañitarse.

- ¡Toma, coleguita, agarrá este pelpa! –le dijo a Baïbars.

- Así que... ¿les has llevado mi carta?

- ¡Pos claro, faltaría más! ¡va una pregunta! –le respondió Otmân sacando pecho.

- ¿Tú mismo?, ¿en persona? –insistió Baïbars, escéptico.

- ¡Tal cual!

Baïbars abrió la carta y la leyó; encontrando el mensaje que ya hemos mencionado con anterioridad. Pero el jan, al final, había añadido: “¡Baïbars, has confiado esta carta a uno de esos demonios de las montañas, un auténtico terror! ¿No tenías otro mensajero más que ese *ayyâr*? ¡De haber sabido que tenías *yins* a tus órdenes, no me habría enfrentado a ti!”. Al leer todo esto, Baïbars se dio cuenta de que no había sido Otmân el que había llevado el mensaje. Y riendo para su coleteo, le preguntó de nuevo a Otmân:

- ¿Me juras que de verdad has sido tú?

- Pero ¡quién iba a ser!

- Vamos a ver si estás diciendo la verdad: ¿qué llevaba el jan en la cabeza?

“¡Estamos apañaos! –se dijo Otmân para sus adentros– No m’esperaba yo to esto. Güeno, espera un poco... El jefe Sâleh, ¿qué lleva en la cabeza? ¡Eso, eso es!

¡lleva un *qawûq*<sup>1</sup>! Sí, pero el jan Halalûsh es un tío más importante, tié un ejército mucho más grande... asín que... lleva dos *qawûqs*".

- ¡Lleva dos *qawûqs*! soldao –respondió Otmân con aire triunfal.

- ¡Pues no va y dice que lleva dos *qawûqs*! ¡pero mira que eres cretino! –exclamó Baïbars, muerto de risa.

- ¡Pos claro! –respondió Otmân sin darse por aludido– El Persilla ese es un pez más gordo qu’el jefe Sâleh, y el jefe Sâleh sólo lleva un *qawûq*, asín qu’este, por fuerza, ¡tié que llevar dos *qawûqs*!

- ¡Ah, claro! Pues ahora, dime: ¿lleva barba o bigote?

“M’está liando –se dijo Otmân para su colete–, pero amos a ver; el jefe Sâleh lleva barba, asín qu’este, también”.

- Sí, soldao –repuso dando una buena voz– tié una gran barba, ¡tal que asín de larga!

- ¿Blanca o negra?

“No, si me la va liar, éste me quiere muerto”

- Pues... mira colega: ¡ni fu, ni fa!

- ¿Se puede saber qué quieres decir con eso de que “ni fu, ni fa”?

- Anda, ¿no te digo?: ¡pos como “sal y pimienta”!

- Tienes razón, desde luego que es él; un tipo repugnante. Y... ¿he de suponer que debía tener muchos visires a su alrededor?

- ¡Buuuff! ¡ni te cuento! –asintió Otmân–. ¡La cantidá cipotes mal retajaos que tié! ¡Tenías q’haberlos visto!

- ¿Y cómo van vestidos?

- ¡Pero güeno, anda ya! ¿Es que te vas a tirar to el tiempo liándome con tanta cosa? Pues, vale, si quieres saberlo, ahí va: ¡con turbantes verdes y babuchas amarillas!

Esta respuesta hizo que Baïbars se retorciera de la risa que le entró; a pesar de que desde el primer momento no había tenido duda alguna de que no había sido Otmân el que había entregado su misiva al Jan Halawûn.

- Bueno, ahora dime la verdad, Otmân: ¿quién ha ido a llevar mi carta?

---

<sup>1</sup> “Bonete, de forma cilíndrica, en cuya parte inferior se enrolla un retal de muselina” (Dozy: *Supplément aux dictionnaires arabes*).

- Pos la verdá es que ha sido ese joven tonto-l-haba, q'ha perdío su nombre –respondió Otmân en tono lastimero.

- Por fin has dicho la verdad, ¡a buenas horas!

Después de haber dispuesto centinelas para vigilar los campamentos, los dos ejércitos se fueron a dormir, confiándose a Dios el Clemente, el Misericordioso. Por la mañana, se alinearon los regimientos, ocupando cada sección el lugar indicado, centuria por centuria, millar por millar. El primero que salió de las filas, para presentarse en el campo de batalla, fue el emir Baïbars. Primero les obsequió con una completa demostración de sus destrezas guerreras, que suscitó la admiración general; luego, desafió a los campeones enemigos a un combate singular. Se presentó un primer *tomar*, que fue muerto en el acto; un segundo, al que desarzonó; un tercero, al que mandó al cementerio; un cuarto, al que no le dejó ni dar el último suspiro; un quinto, al que le mandó a paseo; un sexto, ¡al infierno con él!; un séptimo, al que hizo morir antes de tiempo. Y siguió así, hasta casi entrada la noche, sin dejar de combatir a los enemigos, haciéndolos prisioneros, lanzando gritos de guerra, y desarzonando caballeros. Luego, al llegar la noche, resonaron los tambores del toque de retirada, y Baïbars se volvió hacia sus filas, haciendo caracolear a su caballo ante las propias barbas de los arqueros. Pasó la noche en su tienda, con Otmân de pie, y siempre vigilante, junto a su lecho.

Al otro día, se presentó de nuevo en el campo de batalla; mató, hirió y desarzonó a una buena cantidad de caballeros. Y así siguió, de esta guisa, durante siete días, pero al final, ningún guerrero persa se atrevía ya a aceptar su desafío.

La siguiente noche, los emires que odiaban a Baïbars se reunieron en el pabellón de Aïbak. Allí estaba Qalaûn<sup>1</sup>, Alay El-Dîn El-Baysari, El-Jâwori, El-Jatîri, y Lakkâm, entre otros. Allí se confabularon contra Baïbars, y decidieron enviar al jan Halawûn el siguiente mensaje:

*“Si dejas a tus caballeros seguir enfrentándose a Baïbars en combate singular, acabará por exterminar hasta el último hombre de tu ejército; mañana tienes que salir tú en persona de tus propias filas y desafiar al emir Baïbars; mientras estés combatiendo, le irás atrayendo poco a poco hacia tu ejército; entonces, todos juntos lo atacaréis a la vez, y así le podréis matar. Nosotros no nos moveremos; de modo que así tú podrás ejecutarlo y derrotar a su ejército. Luego, podrás apoderarte de Alepo y de todas las tierras del Islam, sobre las que podrás reinar.*”

---

<sup>1</sup> Emir mameluco, Qalaûn es uno de los viejos enemigos de Baïbars, al que le tomó ojeriza desde su primer encuentro con él (ver *Las infancias de Baïbars*). Desde entonces, este individuo vanidoso, brutal y siempre quejoso, ha tomado parte en todas las conspiraciones contra Baïbars, junto con Aïbak y los emires turcos.

*Cuando hayas leído la presente, viste a su portador con la túnica púrpura<sup>1</sup>.*”

Plegaron la carta y se la entregaron a uno de los mamelucos de Aïbak, que se llegó hasta el campamento de Halawûn, amparado por la noche. Entró en el pabellón del jan, se prosternó ante él y le dio el mensaje de los emires traidores. El jan lo leyó, plegó de nuevo la carta, y luego hizo una señal a sus mamelucos para que ejecutaran al portador. Después, se fue a acostar.

A la mañana siguiente, cuando el emir Baïbars dejó sus filas para desafiar al adversario, se vio de pronto rodeado por todas partes. Al darse cuenta de la traición de los persas, sacó su sable de la funda y pasó al ataque, imitado por su ejército. En lo más vivo de la batalla, y de la confusión que se siguió, Baïbars se dio cuenta de que, a lo lejos, Aïbak y los siete emires traidores que, parapetados en lo alto de una colina, contemplaban tranquilamente el combate, junto a sus propios batallones que mantenían inactivos.

Su situación era crítica, toda esperanza de retirada era inútil, pues había quedado rodeado por el ejército persa. Miró a derecha e izquierda, pero no vio a nadie que viniera en su auxilio.

Pero no había ni siquiera acabado su plegaria, cuando una nube de polvo se elevó en el horizonte, cada vez más grande, se aproximaba y dejaba aparecer ochentaicinco estandartes, llevados por ochentaicinco capitanes Ismailíes, más valientes que los leones. A la cabeza, galopaba su *bayraqdâr*<sup>2</sup>, Sulaymân el Búfalo. Cuando se hubieron acercado y vieron la batalla que se había enzarzado, el capitán Sulaymân gritó con voz de trueno:

- ¡Leones del bosque, esto es una riña de gatos para nosotros!

Lanzaron sus caballos a todo galope sobre el campo de batalla y, rugiendo al unísono su grito de guerra, se arrojaron a un tiempo sobre las líneas persas, que atacaron por uno de los flancos.

[Y el narrador siguió de este modo...]

Viendo el giro que estaban dando los acontecimientos, Aïbak y los emires que le rodeaban descendieron de su colina y se unieron también a la lucha. Todos ellos manejaron tan bien los sables, que hicieron huir a los persas; muy pronto, los ejércitos musulmanes sólo tuvieron que recoger los caballos dispersos y el equipamiento abandonado.

---

<sup>1</sup> El sentido de este eufemismo se hace explícito al final del siguiente párrafo; es evidente, que éste era un procedimiento radical para evitar las fugas de información.

<sup>2</sup> En turco-persa: “portaestandartes”.

Baïbars fue a sentarse a su tienda. Los capitanes de los fidauis vinieron a saludarle.

- Jawand, nada más llegar pudimos presenciar un curioso espectáculo –le dijeron–. Aïbak y sus emires instalados tranquilamente sobre una colina, y sus tropas bien apartadas del campo de batalla... ¡cualquiera habría jurado que te habían abandonado a tu suerte!

- No, no, nada de eso –no paraba de repetir Baïbars–. Es que se encontraban muy cansados de combatir y se habían retirado un momento de la nube de polvo para tomarse un pequeño respiro.

Poco después, se sirvió la comida, almorzaron hasta quedar ahitos y reponer fuerzas, y dieron gracias a Dios. Se levantaron para lavarse las manos –y vosotros y yo, roguemos por el Profeta que nos guía por el recto camino–, tomar el café y los refrescos, y después, cada cual se fue a acostar a su tienda.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, el primero en presentarse en el campo de batalla fue el jan Halawûn, acompañado de cien oficiales de su guardia personal. Cuando llegó justo a la mitad del campo entre los dos campamentos, todas las miradas se dirigieron hacia él, que a su vez indicó a sus oficiales que se retiraran. Entonces, clamó con tono provocador:

- ¡Yo solo me batiré contra el emir Baïbars!

Cuando escucharon este desafío, los soldados del Islam se alegraron:

- ¡No hay más Dios que Dios! ¡Dios es grande! –gritaron–. ¡Que oraciones y preces sean sobre el Profeta elegido de Dios!

En cuanto esta noticia llegó a Baïbars, éste se colocó su mejor armadura, y le pidió a Otmân que le trajera su caballo favorito; luego, se dirigió hasta el campo de batalla, y comenzó la justa. El combate fue violento, pero no duró demasiado: tras cruzar las armas unas cuantas veces, el jan tomó de pronto la palabra y dijo a su adversario:

- ¡Detente, hijo de Jamak<sup>1</sup>! ¿No te das cuenta de que estás luchando del lado de hombres que no cesan de querer perderte, y de que estás usando tu espada contra los hijos de tu pueblo, para mayor gloria de tu enemigo? Escucha mi consejo y vuelve a tu país: a Tabriz, ¡yo te cederé el trono y me convertiré en uno de tus súbditos!

Entonces, le tendió la carta que le habían enviado los emires. Cuando Baïbars la leyó, su corazón se colmó de ira y de pena.

---

<sup>1</sup> Ese es, en efecto, el nombre del padre de Baïbars, rey del Juarezm. Ver *Las infancias de Baïbars*.

- Jan –le repuso–, terminemos este combate, y esta noche, cuando todo el mundo se haya acostado, yo vendré a reunirme contigo.

Así que siguieron intercambiando golpes para guardar las formas, hasta que sonó el tambor de retirada, tras lo cual, cada uno ganó su campamento. Y bien entrada la noche, Baïbars llamó a Otmân y le dijo:

- Otmân, voy a pasarme al campo enemigo, junto al jan Halawûn, para mostrar a esos emires lo que valen. Tú, no digas nada a nadie. Mañana por la mañana, vendrán a preguntarte que dónde estoy; tú solo responderás “Se ha ido con los suyos”. Me pondrán de todos los colores: tú harás como ellos. Mientras, te ocuparás de nuestros mamelucos y de nuestros bienes.

- Tiés toa la razón, soldao –aprobó Otmân–. Ve a dar una vuelta por aonde los persillas y ¡deja a los otros que se caguen en los calzones! Eh, mira, m’ha venío una idea, colega: ¡mañana les provocas y aluego les arreas a tos con la almondiguilla<sup>1</sup>!

Baïbars montó en su caballo y se fue al campamento del ejército persa. Entró entonces en el pabellón del jan Halawûn que le dispensó con una acogida de lo más calurosa, e hizo que montaran una tienda junto a la suya, en donde Baïbars pasó el resto de la noche.

A la mañana siguiente, cuando los emires se dieron cuenta de que Baïbars había desaparecido, preguntaron al *osta* Otmân que adonde había ido.

- ¡Eh, que se vaya a hacer puñetas! –respondió–. Es un persilla, y s’ha largao aonde los persillas. ¡Pos güen viaje!

Ni siquiera había acabado de decir esto, cuando Baïbars hizo su aparición en el campo de batalla, proclamando:

- ¡Hola, emires, aquí estoy, de vuelta con los míos! ¡Si alguno de vosotros quiere que le de razones, que avance!

Por supuesto que ningún emir se arriesgó a aceptar tal desafío; de sobra sabían que ni uno de ellos sería capaz de resistir al emir Baïbars con las armas en la mano. Les pareció más juicioso escribir al rey El-Sâleh para informarle de las maniobras de Baïbars; hicieron llegar el mensaje a El Cairo con uno de sus mamelucos, recomendándole que se la entregara en mano a su destinatario. Y esto, en lo que se refiere a los emires.

---

<sup>1</sup> Otmân llama así al *lett* de Baïbars, arma maravillosa, forjada en la noche de los tiempos, y que garantizaba a su dueño el que llegaría a ser rey de Egipto y de Siria. Su descripción detallada se encuentra en *Las infancias de Baïbars*.

En cuanto al rey El-Sâleh Ayyûb, un buen día, mientras presidía el Consejo, le dijo de pronto a su visir:

- Shâhîn, hace ya mucho tiempo que no tenemos noticias de mi hijo Baïbars.

- Oh poderoso rey, si Dios quiere, pronto se presentará ante nosotros tras derrotar al ejército persa.

No había terminado de hablar cuando un sirviente entró en la sala, se prosternó ante el rey y le entregó la carta de los emires. El otro, quitó el lacre y la leyó, luego tomó la palabra:

- Escucha, visir, lo que cuentan los emires; dicen que Baïbars se ha aliado con el jan Halawûn, que se ha marchado a su campamento y que se propone ofrecerle todo el país. Y sí, Shâhîn, ¡todos los honores con que le he colmado, y después de nombrarle *seri askar*, va y se pasa al enemigo!

- Oh, servidor de los Santos Lugares –repuso Shâhîn–, si Baïbars se ha unido al enemigo, habrá tenido una buena razón para ello.

En ese momento, el cadi Salâh El-Dîn se levantó de un brinco, y agitando los brazos, y meneando el turbante como un flan agitado e indignado, proclamó a voz en grito:

- ¡Oh desgracia para la religión! ¡qué desgracia para el Islam! ¡La corrupción ha aparecido entre los creyentes! ¡La prevaricación de Baïbars merece un castigo ejemplar! Después de haber rogado a Dios que me diera Su consejo, proclamo que su ejecución se haga conforme a la Ley, y que urge proceder a ello.

- Un poco de paciencia, cadi, ¡que el buen Dios te confunda! –le espetó el rey–. Primero habrá que ver si es verdad que ha cometido un crimen. ¡Tú siempre queriendo sentenciar a toda prisa! ¡un trabajo chapucero! ¡Así no, cadí, mi viejo amigo! No, yo creo que no hay treintaiséis soluciones: iremos allí con el ejército que nos queda, tú y yo, y también el Hâch Shâhîn, y vamos a ver en persona de que va todo este asunto. ¡Venga, que cada cual haga sus preparativos! Y tú, visir, ordena reunir las tropas: mañana, si Dios quiere, nos ponemos en marcha.

- A tus órdenes, oh rey todopoderoso –le respondió el visir.

- Así que os quiero a todos preparados en el momento de partir.

Dicho esto, se levantó la sesión, y, a la mañana siguiente, el rey el-Sâleh dio la señal de partir. Dejaron El Cairo, y, a marchas forzadas, llegaron hasta las orillas del Éufrates, en donde se encontraron con el ejército de Baïbars. En cuanto se hubieron montado las tiendas y pabellones, el rey convocó en su carpa a los emires y dignatarios,

y les interrogó sobre esos graves acontecimientos; ellos confirmaron lo que le habían contado en su carta.

- Y anda, cuéntame un poco, sheij Otmân –le preguntó entonces el rey–. ¿Es verdad que tu señor se ha pasado al enemigo, y que se ha propuesto entregarle el reino?

- Sííí, sííí, jefe Sâleh, tú y yo sabemos bien lo que hay; pero el Hâch Shâhûn, ese alelao, ¡no se entera de ná de ná! Pos sí, el soldao s’ha largao aonde nació, onde los persillas.

A la mañana siguiente, la noticia de que el rey El-Sâleh había venido en persona, llegó hasta el campamento de los persas. El jan Halawûn preguntó a Baïbars:

- ¿Qué piensas hacer ahora que ha llegado el *Qân-e Arab*?

- Voy a presentarme en el campo de batalla hoy mismo –fue su respuesta.

Hay que recordar que durante todo ese tiempo no había habido combate alguno, pues los emires habían enviado a Baïbars y al jan una carta en estos términos:

*“Emir Baïbars,*

*De sobra sabes que ninguno de nosotros estamos a la altura de medirnos contigo. Hemos avisado al rey El-Sâleh de tu desertión. Cuando nos responda, obraremos conforme a sus órdenes.”*

Y cuando Baïbars se enteró de que su majestad, el rey El-Sâleh Ayyûb, había llegado, se fue de nuevo al campo de batallas para probar su coraje y sus habilidades ante el rey. De modo que montó su caballo y se lanzó al centro de la explanada.

- Aquí estoy, emires del Cairo –proclamó–. ¡Ahora que ha llegado vuestro rey, la tregua se ha roto! Avanzad y medíos conmigo en combate singular, y vamos a ver quiénes son los valientes y quiénes, los cobardes y ruines.

- ¡A ver! Aïbak –dijo el rey–. ¿A qué esperas para aceptar el desafío de ese pequeño mocoso de Baïbars y traérmelo aquí prisionero?

- ¡*Amân, pâdishâh*<sup>1</sup>! ¡Yo no poder contra Baïbars, él muy fuerte!

---

<sup>1</sup> En turco: “gran rey”, “emperador”. Ese era el título que se daba al “Gran Turco”, el emperador otomano.



- ¡Basta ya de lloriqueos! –cortó el rey– Baïbars es tu personal enemigo, él se ha quedado con todos tus cargos. Yo te doy la orden de atacar. ¡Y si puedes matarlo, no te prives de hacerlo!

Aïbak, bien a su pesar, bajó hasta la explanada y se lanzó sobre Baïbars. Pero éste ni siquiera le dejó tiempo para que diera la vuelta con su montura: se arrojó sobre él, le agarró de la gola y, cogiendo la maza que llevaba colgada al cinto, le molió a golpes. Cuando le hubo roto bien los huesos, le soltó por fin, diciendo:

- Esto te enseñará lo que vale traicionar a tus compañeros, ¡desgraciado miserable!

Aïbak volvió al campamento, llorando a lágrima viva y gimoteando:

- ¡*Amân!* ¡Ah, mi espalda! ¡*Amân!* ¡Ah, mis riñones! *Amân*, piedad *pâdishâh*, ¡vengarte tú por mí de pequeño mariquita Baïbars!

Entonces, el rey se volvió a Qalaûn:

- ¡A ti, te toca, emir Qalaûn! ¡Mátale o tráele prisionero!

Qalaûn, picó espuelas y descendió hasta el campo del torneo.

[Y el narrador prosiguió de este modo...]

Ahora bien, Qalaûn era un guerrero formidable, que formaba parte de la flor de los caballeros de su tiempo. Así que Qalaûn se enfrentó a Baïbars en un estruendo de tormenta, y los dos enemigos confrontaron sus aceros. Pero tras unos cuantos pases de armas, Baïbars agarró a su adversario por la gola, y le frotó el costillar a mazazo limpio. En fin, que le propinó una paliza memorable –¡pueda Dios reservar lo mismo a todos los causantes de enredos! – Qalaûn abandonó el campo de lizas llorando como un mocoso, y gimoteando:

- ¡*Amân, pâdishâh!* ¡Dios quiera que tú morir, viejo gagá, chiflado!

[Y el narrador continuó...]

Y uno tras otro, el rey El-Sâleh envió a los diecisiete emires a batirse el cobre: y a todos les dio una buena paliza. Tras recibir todos ellos una soberana paliza, el rey se volvió hacia el cadí Salâh El-Dîn:

- ¡Eh, cadí! ¡Ahora, tu turno!: puede que tú llegues a devolverle al recto camino...

- Comendador de los Creyentes –protestó el cadí–, yo soy un maestro de la pluma, no de la espada...

- ¡Aquí no hay excusas que valgan! Ve ahora mismo al campo de batalla.

De modo que el cadí se presentó ante Baïbars y comenzó a sermonearle:

- Hijo mío, ¡qué forma de portarte es ésta ante los Creyentes, tus hermanos! ¡Es algo imperdonable, muchacho! Debes saber que el rey está muy irritado contigo. Quería venir él mismo a castigarte, y a mí me ha costado todo el trabajo del mundo para disuadirle. Es más, incluso le he prometido que yo mismo te llevaría ante él, dócil y sumiso. De modo que, te lo ruego, hijo mío, tú, al que yo tengo en tan alto aprecio, no me hagas faltar a mi palabra.

- ¡Tú, y sólo tú, eres el origen de todo este problema! –repuso Baïbars– ¡Cuántas veces has reclamado mi cabeza ante el Consejo! ¡Pero espera un poco, que te voy a enseñar!

Y arrojándose sobre él, le dio una buena paliza; lo mismo que a los otros. El cadí se fue con el rabo entre las patas, lloriqueando y protestando: “¡Mira cómo se trata al gran cadí en tu reinado, oh rey!”

Al oír esto, el rey el-Sâleh, picado en su amor propio, descendió al campo de las lides, y se acercó a Baïbars.

- Dime, hijo mío, ¿así es como te comportas? –le dijo en tono severo–. ¿Qué pretendes con toda esta historia?

- Y yo, ¿hasta cuándo voy a soportar en silencio las confabulaciones e intrigas de tus emires? –respondió Baïbars en el mismo tono; entregándole la carta que los emires habían enviado al jan Halawûn.

- De acuerdo, ¡perfecto! –repuso el rey tras haberla leído–. Y yo te he enviado a tus enemigos, y tú les acabas de hacer papilla. Y ahora, que ya te has vengado de ellos, vas a volver conmigo. Esta tontería ha durado ya demasiado tiempo.

- Lo siento, *efendem* –repuso Baïbars de un modo altanero–, pero no pienso volver contigo. ¡Yo he nacido persa, y me quedo con los míos!

- ¡Ajajá! ¿Estás preparado para medirte conmigo, Baïbars?

- No lo haré con gusto, ¡pero lo haré!

Ante esas palabras, el rey El-Sâleh se encolerizó; apuntó hacia Baïbars la caña de bambú que llevaba en la mano y lanzó un terrible grito. En ese mismo momento, Baïbars perdió el conocimiento.

Cuando Baïbars despertó, vio que se hallaba en una inmensa llanura, árida y sin horizonte, bajo un sol de plomo, y muriéndose de sed.

De repente, apareció un león, que se abalanzó sobre él para devorarlo. Sacando su sable, golpeó a la bestia, partiéndola en dos; pero de cada mitad surgía un nuevo animal que le atacaba de nuevo. También los mató; mas de cada cadáver salían otros dos leones; mató a los cuatro, que se convirtieron en veintiocho, y así sucesivamente; tanto y tanto que, aunque Baïbars no dejaba de golpear y matar, vio de pronto toda la llanura cubierta de leones que, desde todas partes, se precipitaban hacia él. Implorando por el sagrado Nombre, intentó huir, siempre perseguido por las fieras, hasta que llegó a la orilla del mar. Se sumergió, el contacto con el agua le hizo temblar, abrió los ojos... y se encontró de nuevo ante el rey El-Sâleh.

- ¿Y ahora qué, pobre tonto? –le dijo–. ¿Qué prefieres? ¿Que te haga devorar por los leones, o que haga que te ahogues en el mar?

- ¡Gracia, o servidor de los Santos Lugares!

- Hijo mío, nada tienes que temer. No, no, quédate en la silla de tu caballo –añadió al ver que Baïbars iba a bajar de inmediato para saludarle–. Nosotros dos vamos a seguir simulando un combate hasta que se acabe el día; entonces, tú volverás al campamento de los persas, aguardarás allí la noche cerrada y, a favor de la oscuridad, atraparás al jan Halawûn y me lo traerás.

Baïbars siguió con el plan expuesto por el rey, y el combate prosiguió hasta que los tambores tocaron retirada. El rey volvió a su campamento, en donde se fue directamente a su tienda, mientras que Baïbars, regresó al campamento de los persas, en donde el jan Halawûn vino a su encuentro:

- Y bien, emir Baïbars, ¿qué ha sucedido en el día de hoy? ¿Es cierto que te has empleado a fondo ante el *Qân-e Arab* y no le has vencido?

- Qué te puedo decir, oh jan, el *Qân-e Arab* es un temible guerrero... pero no importa; como se suele decir: “Lo que el guepardo ha perdido hoy, lo atraparé mañana”. Mañana, le desafiaré y le haré prisionero.

Después, Baïbars se retiró al pabellón que el jan Halawûn había hecho que le prepararan.

Mas hete aquí que el jan tenía espías por todas partes, que le informaban de todo lo que sucedía en el campamento de los musulmanes; en efecto, ya se sabe que no hay en el mundo un pueblo más astuto y taimado que el persa<sup>1</sup>; además, el jan, que no confiaba en absoluto en Baïbars, hacía que lo vigilaran constantemente, y muy pronto se enteró de que el rey El-Sâleh había establecido un pacto con él. Así que hizo que

---

<sup>1</sup> Basándose en una tradición milenaria, las técnicas de gobierno complejas y sofisticadas del viejo imperio persa fascinaron a los conquistadores árabes que, en su origen, disponían de una “cultura de gobierno” mucho más tosca, aunque adaptada a la sociedad tribal del desierto. Numerosas traducciones del antiguo persa al árabe, como el célebre *Kalila y Dimna*, popularizaron la idea –aún muy extendida– de que los persas poseen una astucia diabólica.

llevaran al pabellón de Baïbars una bandeja repleta de diversos platos, todos ellos bien cargados de *benj*. Baïbars, que no sospechaba nada, comenzó a comer, y al primer bocado, vaciló y se desplomó como una piedra, dormido por el narcótico.

En ese instante, los persas le colocaron los brazos tras la espalda y le ataron fuertemente muñecas y codos; luego, una vez que le encadenaron los pies, le hicieron beber el antídoto del *benj*. Cuando Baïbars recobró la conciencia, notó que estaba cargado de cadenas y que el jan Halawûn estaba de pie ante él.

- ¡*Hayy, tukhm-e harâm, farkh-e Yazîd!* –le imprecó–. ¿Pensabas escapar de la vigilancia del Fuego? Pues bien, ¡mañana se te arrojará a Él y serás su ofrenda!

Luego, se lo llevaron a una tienda, bien vigilado. Baïbars se sentó e imploró la ayuda del Todopoderoso, arrepintiéndose de su locura, y temblando por su vida, pues él bien sabía de la crueldad de los persas. Había pasado ya más de un tercio de la noche cuando, de pronto, la tela de la tienda se desgarró y una forma imponente entró, acercándose a él, le liberó de sus ataduras y de las cadenas, después de haber dormido a los guardias que vigilaban a Baïbars por medio del *benj*.

- ¿Quién eres tú, salvador mío? –preguntó Baïbars.

- Pero Jawand, ¿quién otro podía ser, más que el Caballero sin Nombre? Espera un poco aquí y pronto saldremos de esta tienda –añadió, desapareciendo en la noche.

Poco más tarde, regresó sujetando dos caballos por la brida. Sobre el primero había sujeto un gran cofre.

- Aquí estoy de nuevo –le dijo el Caballero sin Nombre–. Te traigo aquí al jan Halawûn. Y además, aquí tienes tu caballo y tus armas. Sólo te voy a dar un consejo, *jawand*: el jan, es, como si dijéramos un hijo de Cosroes, así que, siguiendo lo acostumbrado<sup>2</sup>, no se le debe matar, sino que se le liberará previo pago de su rescate. Pero tú, no te dejes engañar: exigirás su pabellón, el conocido por Cuarto del Mundo. Y ahora, si me permites abusar de tu bondad, te agradecería que, como siempre, me firmaras un papelito.

- Pero, hermano, ¿no te gustaría volver conmigo al campamento de los musulmanes para ser honrado como te corresponde entre todos los guerreros?

- ¡No, *jawand!* Ese tiempo aún no ha llegado. Cuando tú seas rey y sultán, yo me reuniré contigo, pero no antes. Y ahora, adiós.

---

<sup>1</sup> En persa: “bastardo, descendiente de Yazîd, hijo de Mo’âwiya”, que reinó del 661 al 680, es en particular aborrecido por los shi’íes, que le consideran responsable del martirio del imán Husayn, nieto del Profeta, en el año 680. También, el nombre de “Yazîd”, se ha convertido en persa en un término injurioso, igual que “Judas” en castellano.

<sup>2</sup> Esta costumbre, que tal vez proceda de una especie de “derecho internacional”, le resulta sobre todo útil al narrador, pues “el soberano enemigo” puesto en libertad, podrá urdir nuevas maquinaciones, que serán motivo de nuevos episodios.

Y, espoleando su caballo, desapareció en la llanura. Baïbars montó también en su cabalgadura y, guiando al caballo en el que llevaba al jan Halawûn, tomó el camino del campamento musulmán, adonde llegó sin ser visto por los centinelas; se deslizó discretamente bajo su tienda. Otmân le acogió con los brazos abiertos:

- ¡Eh, dime, soldao! –le dijo– ¿qué t’has afanao en ese baúl?

- ¡Ni más, ni menos, que al jan Halawûn, Otmân!

Pasaron el resto de la noche charlando alegremente. Y cuando apuntó el alba, hicieron las abluciones, rezaron la plegaria y concluyeron con las advocaciones por la gloria del Profeta; luego, Baïbars se llegó hasta el pabellón real, tras haber ordenado a Otmân que le siguiera llevando el cofre en el que se hallaba el jan Halawûn.

Entró en el pabellón, saludó respetuosamente al rey, que estaba rodeado de los grandes de su reino y de los altos dignitarios. El-Sâleh lo acogió lo más amablemente del mundo, y los miembros del Consejo, a su vez, le correspondieron el saludo. En ese momento, irrumpió Otmân con el cofre en el que estaba Halawûn.

- ¡Eh, la panza con vosotros, jefe Sâleh! –le espetó–. ¡Te presento al jan Halalûsh, el jefazo los persillas! Aquí, el soldao, es el que lo ha trincao, ¡eh, colegueta! Él es mejor qu’el enculao el Nébak, o qu’ese mierda el cadí, cipote mal retajao. Ya te digo, mi viejo, ¡mejor sería que los apiolaras a tos, y te quedaras sólo con el soldao Nénars!

En esto, que los capitanes de los fidauis también entraron: allí estaban Sulaymân el Búfalo, Hasan El-Horâni, Dibl El-Baysâni y algunos otros. Fueron a inclinarse ante el rey, que les dio la bienvenida e invitó a sentarse. Luego, ordenó que despertaran al jan Halawûn, que lo pusieran en la alfombra de sangre<sup>1</sup> y que el verdugo se colocara ante él; pero el capitán Hasan El-Horâni reclamó el honor de ejecutar al jan. Él mismo le proporcionó el antídoto del *benj* y le colocó sobre la alfombra de sangre. Cuando el jan volvió en sí y se vio en aquella lamentable situación...

- ¡Amân, ô Qân-e Arab! –gimió abriendo los ojos de par en par aterrorizado– ¡Concédeme tu gracia! ¡Te daré cuanto quieras como rescate!

Finalmente, acordó con el rey El-Sâleh, entregarle dos *jaznehs* de oro, a cambio de su vida.

---

<sup>1</sup> Se llamaba así, a la alfombra de cuero sobre la que se hacía arrodillar a los condenados a muerte para decapitarlos, con objeto de que no tocaran el suelo. Estas ejecuciones simbolizaban así el poderío sin límites del soberano, y estaban destinadas a advertir a los cortesanos; de ahí que se llevaran a cabo en la misma sala del Consejo, e inmediatamente después de la condena. Hay que señalar que este tipo de justicia expeditiva, usada por los soberanos o los emires, estaba totalmente fuera de las formas y prescripciones del derecho musulmán.

- Y para mí –intervino Baïbars–, reclamo un pabellón, como precio por las penalidades que me he tomado contigo, el conocido como Cuarto del Mundo.

- Baïbars, pídemelo lo que quieras, pero no mi pabellón –suplicó el jan.

Impaciente ante estos trapicheos, el capitán Hasan le propinó un buen coscorrón en la cabeza:

- ¡Tú vas a darle tu pabellón, pardiéz! ¡O por la vida de mi padre, que te hago volar tu jodida cabeza!

Muy a su pesar, el otro tuvo que ceder; el rey El-Sâleh hizo entonces que le desataran, designó al capitán Hasan para que lo acompañara y trajera el pabellón, junto con los dos *jaznehs* de oro, y entregó al jan un manto de gala y un caballo para que volviera a su campamento; éste montó en el caballo y partió a reunirse con su ejército, flanqueado por el capitán Hasan El-Horâni. Cuando llegó a su destino, hizo que trajeran la suma pactada y el pabellón; este último lo cargaron sobre cuarenta camellos y así lo llevaron al campamento de los musulmanes, siempre bajo la supervisión de Hasan El-Horâni, que lo entregó al rey El-Sâleh.

El rey quería contemplar en persona el famoso pabellón del jan Halawûn; el cadí Salâh el-Dîn le acompañó, junto con el visir Shâhîn y todos los emires y dignatarios.

- *Efendem* –le insinuó el cadí maliciosamente–, este pabellón debe ir a parar al Tesoro real; porque algo así sólo lo debería ostentar un gran rey.

- No, cadí, este pabellón será para nuestro hijo Baïbars, y Dios quiera que le sea de utilidad. Ya posee el pabellón de Sarjawîl<sup>1</sup>, el rey de Safad; con este otro, tendrá dos. Que los guarde, pues no te quepa duda que habrá de darles un buen uso.

El jan Halawûn, una vez pagado el rescate, ordenó levantar el campamento sin más demora, y regreso a su capital. El rey El-Sâleh hizo lo propio, y tomó el camino de Alepo, a la cabeza de su ejército. El Muzáffar, su gobernador, fue a su encuentro y le ofreció la hospitalidad debida durante tres días. Al tercero, el rey dio la señal de marcha y partieron hacia Egipto; cada vez que pasaban por una ciudad, el gobernador salía al encuentro del rey, brindándole la acogida preceptiva durante tres días. Y en cuanto a los fidauis, pues una vez que se despidieron del rey, volvieron a sus fortalezas; más adelante nos los volveremos a encontrar.

El rey continuó su camino hasta llegar a El Cairo, en donde hizo su solemne entrada, con gran pompa y celebraciones. A la mañana siguiente, hizo una proclama, declarando terminada la guerra, y ocupó de nuevo su lugar en el Consejo. Entonces,

---

<sup>1</sup> En esta saga, rey franco de Safad, en la Galilea Alta. Es el primer *babb* franco con el que tuvo que verse las Baïbars. Ver *Las infancias de Baïbars*.

comenzó un período de paz y sin ningún suceso alarmante, que se prolongó cierto tiempo.

\*\*\*\* \*  
\*\*\*\* \*  
\*\*\*\* \*  
\*\*\*\* \*  
\*\*\*\* \*

Próximo relato de “La traición de los emíres”

9 - “La toma de Jerusalén”